**Brasil. Cómo evitar que la derecha gane la batalla callejera**

Antonio Martins, Outros Palavras, 09-09-2022.

Es evidente que Jair Bolsonaro todavía sueña con la victoria en octubre, sobre todo porque teme que se investiguen sus múltiples crímenes, una vez fuera del poder. Que intentará el golpe, si tiene los medios para hacerlo, también está claro. Pero quizás la mayoría de los análisis sobre el 7 de septiembre “bolsonarista” han eludido un tercer objetivo, complementario a los dos primeros y mucho más factible que ambos. El miércoles, a cuatro semanas de la primera vuelta, comenzó en las calles el intento de bloquear un posible gobierno de Lula.

Es promovido por la extrema derecha, pero luego puede interesar a otras fuerzas del arco conservador. Por tanto, es necesario comprenderlo, reconocer su gravedad e iniciar, desde ya, las acciones que permitan desarmarlo. La ecuación se puede describir en tres términos:

a) el bolsonarismo se volvió, momentáneamente, más capaz que la izquierda de promover la movilización política de las masas;

b) si esta situación persiste, socavará la fuerza de un gobierno de Lula, llevándolo al desastre o a una mala caracterización;

c) el escenario puede revertirse, pero para ello es necesario buscar, en la historia reciente del país, qué llevó a ello.

El propósito de este texto es dar respuesta al tercer punto del problema. Pero vale la pena examinar, aunque sea brevemente, los dos primeros. En los últimos meses, el mosaico de la política brasileña ha tomado una forma inusual. Parte de las estructuras tradicionales de poder -el Poder Judicial y los medios de comunicación, en particular- dejaron de ser cómplices de los ataques del bolsonarismo a la democracia, acercándose objetivamente a Lula.

Nada indica, sin embargo, que estos poderes mantendrán su posición si el expresidente, al asumir el cargo, cumple las esperanzas que suscita entre sus seguidores. Al contrario: ya se perfila el intento de imponer límites a Lula. Se dice que, tras el período de las medidas electorales de Bolsonaro, será necesario “apretarnos el cinturón” y “limpiar la casa” –como si la población debiera pagar los desvaríos del actual presidente, aprobado por el congreso \_ En particular, se intenta convencer a Lula de que se mantenga alejado (como en sus primeros gobiernos) de las reformas estructurales indispensables para reconstruir Brasil sobre nuevas bases.

Estos cambios pueden tener lugar sin romper con el orden institucional, pero no sin forzarlo. Para llevarlos a cabo, no será suficiente, por ejemplo, contar con la buena voluntad de un Congreso deformado, dominado por el Centro. Habrá que exigirle al Legislativo que vea la devastación del país y actúe para revertirla. Pero ¿cómo hacerlo si, entre la sociedad, la fuerza más movilizada es el fascismo? Este escenario conducirá a una derrota segura: ya sea a un gobierno que rápidamente se divorcia de sus bases (como Dilma 2) y abre brechas para un golpe de estado, o a la adopción de una agenda que, en esencia, repite la de los liberales, comienza a tener en ellos su principal base de apoyo y a renegar de sus compromisos.

Para evitar cualquiera de los dos desastres, será necesario recuperar las calles. Pero ¿por qué las perdimos? Uno de los factores, el de más largo plazo, a menudo se describe, de manera bastante simplista, como "falta de trabajo de base". Esto no es algo relacionado con una supuesta vagancia, sino con la institucionalización y el cambio en el perfil socioeconómico y etario del ex “militante”. Para profundizar en el fenómeno, vale la pena leer un ensayo provocador titulado “En busca de la honda de David” del filósofo, profesor y activista Maurício Abdalla .

En el texto, Abdalla describe un movimiento notable en el eje que tuvo lugar hace unos 35 años y que resultó en la pérdida, por parte de la izquierda latinoamericana, de viejas fortalezas que tenía entre los sectores populares, especialmente en las periferias. La marca del desplazamiento son los llamados encuentros de Santa Fe, realizados en esta ciudad norteamericana en la década de 1980. Bajo la guía de consultores designados por el Estado norteamericano (particularmente la CIA), las fuerzas políticas de derecha redefinen el enfoque de su acción con las mayorías.

Ya no basta, dicen en síntesis los *Documentos de Santa Fé* (de 1988), actuar en las instituciones. Hay que ir a los gigantescos márgenes de las metrópolis, donde viven las multitudes empobrecidas que están siendo conquistadas por los partidos de izquierda y la Teología de la Liberación. Y el instrumento decisivo para actuar en estos territorios es la guerra cultural conservadora. Es fácil deducir que el instrumento por excelencia para llevar a cabo esta lucha son las iglesias evangélicas o el conservadurismo católico. Abdallah describe cómo, en las próximas décadas, ambos serán abundantemente financiados, de modo que reúnan, a base de ensayo y error, los conocimientos necesarios para actuar con soltura en las periferias.

Sin embargo, el artículo es aún más provocativo al enfatizar que tal esfuerzo fue facilitado enormemente por la dirección opuesta tomada por la izquierda. Luego de obtener sus primeras victorias electorales, a partir de la década de 1980, las fuerzas progresistas se apresuraron a ocupar el aparato estatal. Hay miles de cargos en parlamentos, secretarías estatales o municipales y, posteriormente, alcaldías y gobiernos. Ocuparlos era necesario, y no se puede culpar moralmente a los militantes, que venían de luchas en condiciones sumamente adversas bajo la dictadura, por querer actuar en política con alguna comodidad. Lo que faltaba era toda una visión, una estrategia. Los partidos interesados ​​en transformaciones sociales profundas -algo mucho mayor que la mera conquista de gobiernos- habrían combinado su presencia institucional con el mantenimiento de las bases con los sectores populares.

Por su propia naturaleza, este primer problema no puede resolverse en el corto plazo. Enfrentarlo requerirá muchos años de reflexión y trabajo, en un esfuerzo que debe iniciarse apenas se derrote al bolsonarismo. Pero la pérdida de las calles, por parte de la izquierda, deriva también de una cuestión coyuntural, que puede -y debe- ser afrontada sin dilación. Es la doble resistencia de la campaña de Lula: mostrar una visión clara del futuro del país y comprometer a sus seguidores en la lucha por ese horizonte.

Sacar a la gente a la calle no depende de un “trabajo de base” previo. Jean-Luc Mélenchon estuvo a punto de pasar a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas, y encabezó una campaña que obtuvo el mayor número de votos para el Parlamento (casi 1/3 del total), sin que su partido, (Francia Insumisa) tuviese raíces o capilaridad. Supo entusiasmar a la población con una idea poderosa: es posible superar la crisis de la civilización a través de un choque de igualdad y nuevas relaciones entre el ser humano y la naturaleza. De esta matriz se derivaron propuestas concretas para los problemas que más aquejan a la sociedad francesa: pobreza, precariedad, desempleo, reducción de las clases medias, inflación, miedo al cambio climático, por ejemplo. Además, los mítines se multiplicaron (a menudo, el candidato hablaba simultáneamente en varias ciudades, a través de pantallas gigantes). Y en todos ellos hubo llamamientos directos a los presentes para difundir el mensaje, así como sugerencias concretas sobre cómo hacerlo.

La misma combinación entre una visión del futuro y un llamado a construirlo en la lucha de todos estuvo presente en casi todas las disputas anteriores llevadas a cabo por Lula, por eso su ausencia es ahora tan impactante. El tema ha sido abordado en los propios medios comerciales: es inconcebible que la campaña del expresidente lo ignore. Si te resistes es porque tienes miedo de comprometerte.

Las consecuencias pueden ser muy graves. En la disputa electoral, el bolsonarismo no gana. La crisis civilizatoria produce una extrema inestabilidad y, entre vastos sectores de la sociedad, la búsqueda de una salida y alguna forma de pertenencia para escapar del desamparo, sea cual sea. De ahí el enorme crecimiento de las iglesias evangélicas. Si en el campo político, la izquierda desperdicia la oportunidad de emerger como un proyecto alternativo de futuro y una forma de estar en el mundo, abre un enorme vacío, que el fascismo ha sabido ocupar, no sólo en Brasil.

En el escenario más probable hoy, el de la victoria de Lula, la reconquista de las calles será aún más crucial. No debe verse como una tarea del gobierno. Este último, como se puede observar en la fase de campaña, tenderá a vacilar demasiado, o se quedará paralizado en medio de la vasta red de intereses presentes en su espectro de alianzas. Sería mejor que un arco de movimientos sociales, de importancia reconocida por la sociedad, se propusiera formular propuestas relacionadas con una agenda popular y los cambios estructurales indispensables para asegurarla. Estos movimientos podrían contar con el apoyo de pensadores comprometidos con la reconstrucción del país sobre nuevas bases, en una alianza que ya se construye, en embrión, en procesos como las Jornadas Libres de Salud, Ciudades y Economía Solidaria. Una construcción de este tipo será naturalmente heterogénea, pero puede darse bajo un nombre común, que funcione como un paraguas político capaz de señalar el sentido compartido por todas las iniciativas. Por ejemplo, Poder Popular.

Todo Occidente parece estar envuelto en una agitación política. La amenaza fascista se extiende. La crisis civilizatoria, sin embargo, abre espacio para un cambio en la dirección opuesta. Es necesario construirlo ahora, y recuperar las calles tendrá, en este proceso, un carácter estratégico.

Publicado originalmente en portugués en: <https://outraspalavras.net/movimentoserebeldias/como-retomar-da-direita-a-maioria-nas-ruas/>